

ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO EN AMÉRICA LATINA

LAÍS ABRAMO¹
CECILIA MONTERO²

INTRODUCCIÓN

EL TRABAJO y los trabajadores ocuparon un lugar importante en el pensamiento histórico y social de los países centrales en el siglo XIX, reflejando la importancia y el impacto de los procesos de industrialización y de formación de la clase obrera, así como de las luchas sociales que los acompañaron. En América Latina esas luchas ganaron fuerte impulso en las primeras décadas del siglo XX, bajo la influencia de la Revolución mexicana (1911) y de la Revolución rusa (1917), así como de la constitución del anarcosindicalismo a partir de la masiva migración italiana y española que fue especialmente significativa en países como Argentina, Brasil y Uruguay.

Sin embargo, el nacimiento de la sociología del trabajo en América Latina, como campo disciplinario específico, con presencia académica y con un cuerpo de investigadores que lo desarrollan como una especialidad profesional, es un fenómeno reciente (años sesenta). Una estructuración tardía si se compara con el ya avanzado desarrollo de los procesos anteriormente señalados, que se intensifican en un número importante de países a partir de los años treinta. A pesar de ello, en los últimos veinte años la sociología del trabajo se ha convertido en un ámbito de investigación muy rico, en el que se ha acumulado un número importante de trabajos. En momentos en que asistimos a un triple proceso: de cambio en el paradigma productivo, de reorganización social del trabajo y de globalización de las formas capitalistas de producción, es pertinente reflexionar sobre la dirección teórica y empírica que han seguido los estudios del trabajo en la región. La coyuntura actual es propicia, ya que en los últimos años se ha venido realizando un esfuerzo colectivo de siste-

¹ Doctora en sociología; en la actualidad trabaja en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), sede Chile. Dirección: abramo@oit Chile.cl.

² Doctora en sociología, Universidad de París VII, Investigadora del Centre d'Analyses et d'Interventions Sociologiques, CNRS, Francia. Temas de interés: recursos humanos, capacitación, relaciones laborales, fomento productivo, estudio de redes sociales. Dirección postal: Vasco de Gama 4840, Santiago, Chile; dirección electrónica: montero@reuna.cl.

matización de los principales avances y orientaciones de los estudios del trabajo.³

Si se mira la evolución de la disciplina en el largo plazo, se observan cambios en la temática, en los métodos de estudio y en las formulaciones teóricas. A la marcada influencia que tuvieron inicialmente los paradigmas teóricos elaborados en Estados Unidos y Francia le ha sucedido un enfoque que, sin romper totalmente con ellos, inicia una exploración diferente. Las inquietudes de los sociólogos y sociólogas de la región traducen la forma en que las ciencias sociales han dado cuenta de las dos rupturas mayores ocurridas en las últimas tres décadas. Por una parte, la crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y de los regímenes reformistas y populistas que sirvieron de base a la formación de los actores sociales característicos de ese periodo, crisis que culmina, en muchos casos, con la instauración de regímenes autoritarios que redefinieron la relación capital-trabajo y el papel del movimiento obrero en el proceso de desarrollo. Por otra parte, los procesos más recientes de ajuste, reconversión productiva y modernización tecnológica asociados con la globalización de la economía mundial y la crisis del modelo taylorista-fordista de organización del trabajo.

Quiebres mayores que tuvieron eco en el pensamiento social. Evidencia de que la producción de conocimiento no es independiente de la evolución del contexto histórico nacional e internacional.⁴

En este capítulo presentamos el origen y la evolución de la sociología del trabajo latinoamericana partiendo desde su momento fundacional, cuando se percibe con más claridad el papel de las influencias externas en la generación de un nuevo campo de estudio; luego analizamos de qué manera las ciencias sociales dan cuenta de las crisis y del desarrollo de antiguos y nuevos paradigmas productivos en la región.

Proponemos una lectura de la trayectoria de la sociología del trabajo latinoamericana que la divide en tres periodos fundamentales, cada uno de ellos caracterizado por una cuestión central, que tiende a sobredeterminar la reflexión y la investigación sociológica y que, a su vez, se relaciona fuertemente con los procesos sociales básicos vividos en cada momento histórico.

³ Este esfuerzo fue fuertemente estimulado por la realización del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo en 1993 en la ciudad de México y por la creación, en esa misma ocasión, de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo. En sus cuatro años de existencia la asociación ha publicado la *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, ha tenido la oportunidad de promover el primer y el segundo Encuentro Latinoamericano de Estudios del Trabajo en Puerto Rico (1994 y 1996) y realizó, en diciembre de 1996, en Brasil, su Segundo Congreso, con la participación de aproximadamente 320 investigadores de la región.

⁴ Así lo demuestra el análisis sociológico de la producción científica que se viene realizando desde hace algunos años en Francia, Estados Unidos y en varios países latinoamericanos.

El primero de esos periodos se inicia con el surgimiento de la sociología del trabajo latinoamericana (entre mediados de los años cincuenta y fines de los sesenta), cuando el tema principal, que sobredeterminaba la discusión, era el de la *modernización*, entendida como el paso de una sociedad agraria y tradicional a una sociedad urbana e industrial. Periodo en el que proliferaban las teorías del desarrollo y lo que se trataba de discutir eran las condiciones de surgimiento de una clase trabajadora "adecuada" a ese proceso de modernización.

El segundo periodo se desarrolla de mediados de los años setenta a fines de los ochenta y corresponde a una fase crítica, cuando lo central pasa a ser la polaridad democracia vs. dictadura, y lo que comienza a preocupar principalmente a la sociología del trabajo son las posibilidades de reconstrucción de una clase trabajadora y de un movimiento sindical desorganizados y fragmentados por los regímenes militares.

El tercero se inicia a fines de los años ochenta, cuando lo que ocupa el centro de la discusión son los procesos de ajuste estructural y de globalización de la economía a escala internacional, y sus impactos sobre las situaciones de trabajo.

Esa trayectoria está marcada por un movimiento teórico y metodológico complejo, en el cual van cambiando o superponiéndose distintos niveles de análisis y la investigación se abre sucesivamente a nuevos temas de estudio y a diferentes diálogos multidisciplinares. En rasgos generales podemos decir que, en la primera etapa, predominaba una sociología en gran parte subordinada a la economía del desarrollo que, a su vez, estaba marcada por fuertes elementos de un determinismo estructuralista, ya sea en su versión marxista o en la liberal. En la segunda etapa se observa la influencia de un enfoque centrado en el (re)descubrimiento de los actores sociales y de su relación con el Estado (mediada por sus organizaciones colectivas, como los partidos y los sindicatos). La sociología del trabajo pasa a dialogar preferentemente (y a nutrirse) con la historia, la ciencia política y la sociología de los movimientos sociales. En la tercera etapa hay dos movimientos distintos. Por un lado, se verifica una tendencia a profundizar el movimiento iniciado en la fase anterior hacia la recuperación de los sujetos, los estudios micro, el examen de los procesos de trabajo y hacia el diálogo con disciplinas tan dispares como la antropología y la ingeniería industrial. Por otro lado, se fortalece una vertiente más aplicada, en la cual la sociología se acerca más a las preocupaciones propias de las teorías del *management* y, otra vez, la tendencia pasa a ser la subordinación de su mirada a la de la economía y la desaparición de los sujetos sociales como tema de análisis.

SOCIOLOGÍA INDUSTRIAL, SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO:
LOS HECHOS FUNDACIONALES

Si se estudia el momento fundacional de la sociología del trabajo desde la perspectiva de una sociología del conocimiento, hay que relevar tanto las influencias teóricas y las coyunturas históricas que les dieron forma a los debates como el tipo y naturaleza de la(s) demanda(s) social(es) a las cuales pretendía responder.

En América Latina las ciencias sociales surgen en estrecha relación con la evolución del contexto social y político. De ahí la significación que tuvieron mientras estuvieron vigentes el modelo de sociedades estadocéntricas y el predominio de la matriz sociopolítica (Garretón, 1993). Esta orientación inicial, centrada en un análisis estructural de la posición de los actores en el desarrollo, contribuyó también a perpetuar una cierta debilidad empírica. Georges Friedmann, el creador de la sociología del trabajo francesa, veía en ello un riesgo: el de una sociedad empeñada en conocerse pero que, al no tener los métodos para lograrlo, terminase adoptando nociones y métodos extranjeros a sus propias realidades (Friedmann, 1966).

Treinta años más tarde, cuando los países latinoamericanos luchan por mantener su inserción en el mercado mundial, corresponde examinar la trayectoria seguida por los paradigmas teóricos adoptados por la sociología en el esfuerzo por comprender la realidad del trabajo y de la empresa. ¿Cuál fue la influencia de los sistemas teóricos extranjeros? ¿Fueron los conceptos foráneos adaptados y renovados al ser contrastados con la realidad local? ¿Surgieron nuevos conceptos? ¿Surgieron nuevas soluciones a problemas ya experimentados en otras latitudes?

En esta sección proponemos una primera reconstrucción, selectiva y parcial, de algunas de las teorías y conceptos que han tenido influencia en el debate latinoamericano.⁵ Con tal objeto recordamos el origen histórico de la sociología industrial y de la sociología del trabajo en Estados Unidos y Francia, los problemas y las preguntas que buscaban responder. Luego vemos si las mismas preocupaciones estuvieron presentes en el contexto latinoamericano.

El enfoque adaptativo: Las relaciones humanas

La relación entre la investigación sociológica y la demanda proveniente de las empresas es un rasgo que marcó a la disciplina en Estados Uni-

⁵ Para ello hemos tomado como referencia las publicaciones de que disponemos y las reseñas presentadas en los dos congresos ya mencionados.

dos. Existe consenso en reconocer como hecho fundacional de la sociología industrial las investigaciones del equipo de Elton Mayo en la planta Hawthorne de la empresa Western Electric, entre 1927 y 1939.⁶ Ellos “descubren” la importancia de la dimensión colectiva y la presencia de grupos y de relaciones informales en las situaciones de trabajo. Estudios posteriores de historia económica de Estados Unidos permiten situar mucho antes la entrada de las ciencias sociales en la empresa, como parte del proceso de racionalización del trabajo que impulsaban los ingenieros en las grandes compañías, entre 1900 y 1920 (Noble, 1977; Montgomery, 1979).

El primer cuarto de siglo representó una etapa decisiva para el desarrollo posterior del capitalismo, durante la cual se sentaron las bases sociológicas, tecnológicas y organizacionales de la producción de masas y de las funciones de administración y gestión de los recursos humanos (Montero-Casassus y Desmarez, 1985). Según Montgomery, “gracias a los ingenieros la dialéctica de la producción social, entre fuerzas productivas y relaciones sociales, desaparece detrás de lo que se llamó el *management*”.

En efecto, la sociología industrial y la escuela de relaciones humanas surgen como respuesta a la demanda social generada por los ingenieros. Dicha demanda buscaba soluciones a los problemas creados por la concentración de la producción en grandes fábricas, por la creciente mecanización del trabajo y, sobre todo, por la llamada “crisis de control” de la fuerza de trabajo (Edwards, 1986). En esos años se diseñaron formas de enfrentar la conflictualidad laboral, de lograr la disciplina industrial de la gran masa de obreros inmigrantes, de adaptarlos al *american way of life*. La organización científica del trabajo (OCT) buscó recuperar el control gerencial del proceso de trabajo y aumentar el rendimiento laboral.

De este acercamiento entre las ciencias sociales y los problemas de la industria surge el enfoque de la empresa como sistema social, que será luego generalizado por Parsons a toda la sociedad. La empresa es un dato, no interesan su entorno ni las influencias externas. El taller es el microcosmos de la intervención social. Las ciencias sociales forman parte de la ingeniería social propia de la época, cuyo objetivo era la adaptación a los requisitos funcionales del sistema.

Esa problemática y, en especial, los temas de la racionalización y su corolario, las relaciones humanas, figuran sólo mucho más tarde entre las preocupaciones de los científicos sociales latinoamericanos, que, en su gran mayoría, no optaron por la orientación adaptativa que conside-

⁶ A pesar de que apenas en el año 1946 se crea una sección de sociología industrial en el congreso anual de la American Sociological Society.

ra lo social como el soporte del *one best way*. Esta postura se debe probablemente a que en América Latina la orientación de los científicos sociales ha sido más política, de compromiso con los actores sindicales y de crítica a las posiciones patronales. La ausencia de financiamiento privado para la investigación contribuyó también a que los sociólogos y otros científicos sociales se mantuvieran alejados de la actividad de consultoría y de asesoría a empresas.

La influencia de la escuela de relaciones humanas tampoco se hizo sentir en la administración de recursos humanos en la empresa latinoamericana. Algunos autores atribuyen esta carencia a que “las propias organizaciones sindicales veían en ella una corriente al servicio de los empleadores” (Rama y Silveira, 1991). En todo caso, el sociólogo estuvo más cerca del actor sindical que del empresario hasta fines de los años ochenta, cuando, en el marco de la reconversión exportadora, las nuevas teorías de la organización y del *management* han permitido un acercamiento de los científicos sociales a los problemas de la empresa y a que adopten el papel de consultores.

El enfoque evolucionista y la teoría de la modernización

Más importante fue la difusión del paradigma “industrialista” ligado a las teorías del crecimiento económico. Terminada la segunda Guerra Mundial Estados Unidos proyecta al resto del mundo su modelo de desarrollo industrial.⁷ Las primeras investigaciones empíricas tuvieron por objeto analizar aquellas dimensiones de la sociedad tradicional que podían representar un freno al proceso de desarrollo. Numerosos son los autores que se abocan al tema de la sociedad industrial (Whyte, 1946; Moore, 1946; Warner, 1947; Kerr, 1960).⁸ Al contrario de los sociólogos industriales, los teóricos del crecimiento no se limitaron a la empresa, sino que prestaron atención al conjunto de relaciones sociales propias de la economía capitalista y a sus reglas de funcionamiento.

La teoría de la modernización social se reforzó gracias al aporte del funcionalismo parsoniano, como teoría abstracta del sistema social en constante adaptación. La influencia teórica del estructural-funcionalismo es visible en muchos de los estudios de los años sesenta. Whyte realiza una encuesta en Perú sobre la orientación valorativa de los jóvenes respecto al progreso económico (Sulmont, 1993). Kahl dirige varios

⁷ Ejemplo de ello fue la reunión en Nueva York, en 1951, de un grupo de líderes empresariales y de personalidades académicas para discutir el tema “Creando una civilización industrial” (Staley, 1952).

⁸ Este libro compilado por Kerr (1960), *Industrialism and Industrial Man*, ilustra muy bien la base teórica de esa estrategia.

estudios sobre el comportamiento político de los obreros en México, Brasil y Chile. En Chile Barrera se inspira en el enfoque del conflicto industrial de Kerr para estudiar el caso de la gran minería del cobre (Barrera, 1973). La perspectiva funcionalista estuvo presente también en los estudios sobre los empresarios. Bajo la influencia de McClelland el sociólogo chileno Galofré realizó una encuesta sobre el *need of achievement* (motivación al logro) de miembros de la elite del sector público y privado (Galofré, 1970). Un enfoque similar tuvo la encuesta a empresarios industriales en Perú, Chile y Argentina dirigida por Briones (1963).

En cierta medida el enfoque evolucionista alejó a los científicos sociales del estudio concreto de la producción industrial y de las relaciones de trabajo, volcándolos a los problemas macrosociales del desarrollo. Se buscó situar a grupos, comunidades y actores en los ejes tradicional-moderno, rural-urbano, agrícola-industrial. Las sociedades latinoamericanas fueron escrutadas y clasificadas según la matriz dualista. La cultura nacional, las relaciones primarias, las prácticas clientelistas, el populismo, etc., aparecieron como trabas al proceso de racionalización, a la introducción de la ciencia y la tecnología en la producción. La sociología del desarrollo, con Gino Germani y otros, representó la versión latinoamericana del paradigma de la modernización.

El enfoque humanista: El obrero calificado

La tradición sociológica francesa es en extremo diferente de la norteamericana, en cuanto asume la cuestión de la modernidad y, por lo tanto, la historicidad, como su foco central. La sociología del trabajo heredó de Proudhon la visión de la centralidad del trabajo (simbolizado por el obrero calificado) en la dinámica social. El trabajo es el acto básico, el acto libre y generador por excelencia. Los intelectuales franceses de la posguerra eran portadores de esta cultura, que ponía al obrero de oficio en el centro del proceso de producción de riquezas y de valores.

Los primeros estudios sobre el trabajo obrero se insertan en esta tradición humanista. Por eso Georges Friedmann insiste en que no hay que limitarse a estudiar la industria, como los sociólogos norteamericanos, sino abarcar todas las colectividades de trabajo. A pesar de ello, la figura paradigmática de la sociología francesa fue el obrero calificado de la industria. Los estudios clásicos se limitaron al taller industrial, ámbito en el que se estudia la relación del obrero con la máquina, la división del trabajo y el comportamiento colectivo. No se analizaron otras actividades como el comercio y los servicios, ni otras categorías laborales, menos aún las mujeres (Colloque de Dourdan, 1978).

A esta perspectiva, que podría calificarse de “obrerista”, se suma la creencia en que el progreso técnico llevaría al progreso social. La sociología del trabajo oscila así entre el determinismo tecnológico y el paradigma de la modernidad (Touraine, 1992).⁹

El concepto de trabajo como acto fundacional se tradujo al nivel metodológico y teórico. Según Tripier, la sociología del trabajo dio prioridad al método empírico de observación y estudio del acto de trabajo.¹⁰ También le dio una prioridad epistemológica en el sentido de que toda la información recogida es reinterpretada en función de lo que se sabe del trabajo (Tripier, 1991). En otras palabras, todos los comportamientos tienen sentido si se los interpreta en función de las condiciones materiales y sociales que definen la situación de trabajo. Ésta es la matriz teórica de los trabajos de los fundadores de la disciplina (Georges Friedmann, Pierre Naville, Pierre Rolle, Alain Touraine, C. Durand, J. D. Reynaud) y también de la generación neomarxista (Serge Mallet, André Gorz, Robert Linhart, Benjamin Coriat, Michel Freyssenet).

Una expresión típica del paradigma proudhoniano es el concepto de calificación, entendido como el sistema de certificación utilizado por los empleadores y por los sindicatos para establecer una equivalencia entre las operaciones técnicas realizada por un trabajador y su valor y reconocimiento social. El concepto adquiere todo su sentido por la referencia paradigmática al *homo faber*, al trabajo que se realiza mediante una transformación de la naturaleza. La importancia del tema en Francia se debería a la defensa corporativista de los sindicatos frente a los nuevos oficios y a la falta de correspondencia entre educación y empleo (Tanguy, 1986; Tripier, 1991).

El enfoque francés del trabajo obrero pudo desarrollarse gracias a la existencia de financiamiento público para la investigación científica. Según M. Rose los sociólogos del trabajo respondieron a la demanda proveniente del sistema centralizado de planificación, fueron los *servants of post-industrial power* (Rose, 1979). Esto no impidió un vínculo con la práctica social, ya que los sociólogos se vincularon estrechamente con las diferentes corrientes del movimiento sindical (CFDT y CGT). En todos los casos la investigación se mantuvo dentro de los límites de la empresa, de la fábrica y del taller. No se consideraba sino marginalmente el contexto económico y social de la empresa y de la clase trabajadora.

⁹ En su edición del 20 aniversario la revista *Sociologie du Travail* reconoce el predominio del paradigma tecnológico, a pesar de que algunos investigadores, como J. D. Reynaud, P. Dubois y C. Durand habían insistido en la autonomía de la conciencia obrera respecto de la división del trabajo.

¹⁰ La investigación realizada por Alain Touraine, Claude Durand y otros sobre *Les ouvriers et le progrès technique*, a mediados de los años sesenta, es un típico ejemplo de ese enfoque.

Algunos investigadores se propusieron anticipar tendencias respecto a la evolución de la estructura social y para ello se basaron en las figuras obreras de la fábrica. Conocidos fueron los trabajos de Serge Mallet sobre la “nueva clase obrera”. La sociología de la clase obrera se hacía partiendo del lugar que ocupaba el trabajador en la división del trabajo interna de la empresa, orientación que se mantuvo en los estudios posteriores sobre los trabajadores de la fase de la automatización (Gorz, Linhart, Coriat). Actualmente, después de varios años de convivencia con altas tasas de desocupación, se discute la pérdida de centralidad de la noción de trabajo.¹¹

DEL PROCESO DE TRABAJO A LA ESPECIALIZACIÓN FLEXIBLE

Proceso de trabajo y figura obrera

Buscando explicar las razones estructurales de la desocupación y de las disparidades en los ingresos, una generación de economistas norteamericanos (los *radicals*, así calificados por sus posiciones progresistas, de corte neomarxista) propone un conjunto de nuevos conceptos que resultaron más adecuados para dar cuenta de la forma en que se vivía políticamente la relación capital-trabajo en América Latina.

Un primer grupo se concentra en el espacio de la fábrica. Los antecedentes de este enfoque se encuentran en la relectura que hace Harry Braverman de Marx. El foco es, nuevamente, el tema del control obrero, pero no desde el punto de vista de los *managers* sino desde el del trabajador. Su tesis central es que el capitalismo monopolista introduce una polarización en las calificaciones obreras, con la consiguiente pérdida progresiva de la calificación profesional (Braverman, 1975). Su planteamiento fue pionero en reubicar la oposición entre capital y trabajo en el lugar de la producción. Con él se inicia una línea teórica cuya expresión más conocida fueron las posturas obreristas europeas de André Gorz y Toni Negri.

Una figura importante dentro de esta corriente es la del economista francés Benjamin Coriat. Sus libros sobre el taylorismo (*El taller y el cronómetro*), sobre la automatización microelectrónica (*El taller y el robot*) y sobre el toyotismo (*Pensar al revés*) fueron traducidos y tuvieron una amplia difusión en América Latina.¹² Coriat contribuyó, al igual que

¹¹ Véase la reflexión desarrollada en la revista *Actual Marx* (1992 y 1993).

¹² Conocida fue su participación en el primer seminario sobre Revolución Tecnológica y Empleo, realizado en México en 1985. Sus trabajos fueron divulgados tempranamente en el Cono Sur por J. C. Neffa.

Carlota Pérez, a discutir los parámetros centrales de los paradigmas productivos y al estudio comparativo de la economía de tiempo implícita en el taylorismo, la cadena de montaje y la automatización flexible. Este último aspecto ha sido de gran utilidad para comprender las estrategias empresariales de reestructuración y ha facilitado la crítica sindical a esos modelos de organización del trabajo.

Al igual que los sociólogos humanistas de la posguerra, los teóricos del proceso de trabajo no logran deshacerse completamente del paradigma del determinismo tecnológico. El mérito de la corriente neomarxista del proceso de trabajo fue permitir el paso de los análisis estructurales globales a la fábrica como terreno de poder.

A su vez, Michael Buroway llama a interesarse en las formas de regulación (*politics of production*) y en los regímenes de fábrica (Buroway, 1985). El sistema de relaciones industriales, la relación empresarios-Estado, la calificación de la mano de obra, las presiones competitivas que pesan sobre la producción local, etc., son factores que deberían considerarse en forma creciente.

Mercados segmentados, mercados duales

Un segundo grupo de economistas del trabajo, abocados al tema de empleo y salarios, desarrollaron un modelo no competitivo del mercado de trabajo, en el que se introducen conceptos como la dualización, la segmentación, la polarización (M. Piore, D. Gordon, R. Edwards, S. Bowles y H. Gintis). Desarrollaron, basándose en el estudio de barreras a la movilidad laboral y en el caso de países con regiones subdesarrolladas, como Italia, un enfoque alternativo de la teoría del capital humano que daba mejor cuenta de la discriminación en la contratación y en la fijación de salarios. La idea básica de estos modelos segmentaristas es que el mercado de trabajo no funciona según el modelo de la competencia perfecta, que hay factores institucionales que interfieren, y que las propias políticas de empleo de las firmas configuran la diferenciación de los empleos y salarios.

Este nuevo enfoque del mercado de trabajo fue rápidamente adoptado por los investigadores latinoamericanos, los cuales, sin abandonar la perspectiva de los movimientos sociales, se vuelcan al estudio de la exclusión, la precarización y la informalidad en los mercados de trabajo urbanos (PREALC, 1981). Con ello se produce un desplazamiento de la sociología del trabajo a la sociología del empleo.¹³ Las investigaciones se

¹³ Para una reseña de esta evolución véase C. Montero Casassus, "Le marché du travail comme niveau d'analyse de la structure de classes", *Sociologie du Travail* (Paris), 1980.

fundan en una problemática más económica que sociológica o política (Iranzo, 1993; Novick y Catalano, 1994). Hay que señalar aquí dos orientaciones; por una parte, los estudios de tipo estadístico, que permitieron la acumulación de información y fueron el sustrato que sirvió de base, entre otras cosas, a la formulación de programas sociales focalizados, hoy día muy en boga; por otra, toda una corriente de investigaciones sobre las formas de inserción en el mercado de trabajo de los sectores sociales más vulnerables, en particular mujeres y jóvenes (Montero, 1993).

Posfordismo y producción flexible

A raíz del *shock* petrolero que sacudió al mundo industrializado en 1974-1975 se puso en evidencia la crisis del modelo fordista. La preocupación por el tema de la competitividad llevó a aumentar el interés por el estudio empírico del proceso de trabajo. En forma ininterrumpida hasta la fecha, ingenieros, economistas, sociólogos y administradores de empresas escrutan y comparan sistemas alternativos de producción industrial. La atención se concentra en un primer momento en los casos de Japón, Italia y el sudeste asiático, y más recientemente en América Latina (México y Brasil).

A comienzos de los ochenta el trabajo de Piore y Sabel (*The Second Industrial Divide*) tuvo una influencia decisiva al postular la existencia de una ruptura entre el modelo taylorista-fordista y las nuevas formas de organización de la producción que colocaban el trabajo humano como aporte central para la eficiencia del sistema. Aunque ambos autores han repensado en términos críticos la idea original de una vuelta al trabajo artesanal como fuente de competitividad, sus planteamientos apuntaron certeramente a la importancia del involucramiento del trabajador y al compromiso del colectivo de trabajo para lograr los aumentos de productividad y la flexibilidad sistémica que exigen las nuevas condiciones de la competencia global.

El nuevo paradigma de especialización flexible obliga a sacar la mirada fuera de la fábrica para comprender lo que ocurre en la fábrica. Se multiplican los estudios sobre los distritos industriales italianos, acerca de ciertos *landen* alemanes, y las experiencias españolas de desarrollo económico local, con el objetivo de entender las razones que explican el desarrollo de determinadas regiones de Europa. Una de las conclusiones de esos estudios es el postulado de que la competitividad tiene un soporte sociológico, ya que se basa en gran medida en la densidad del tejido social y en la sinergia que se crea en ciertos territorios cuando los actores asumen un rol activo en el desarrollo económico local.

Una línea de trabajo similar, más difundida en los ambientes empresariales, es el enfoque de la competitividad sistémica iniciado por Michael Porter en los años ochenta, en la Harvard Business School. Los estudios realizados bajo esa perspectiva se insertan así en una reflexión sobre políticas industriales y políticas de competitividad, destinadas a servir de base para un diálogo con empresarios y gobiernos.

El trabajo de Piore y Sabel tuvo gran influencia en varios estudios realizados en América Latina.¹⁴ A su vez, la discusión sobre el concepto de competitividad, y en especial el concepto de *competitividad sistémica*, sentaría precedentes en la región a partir de la formulación de la CEPAL sobre la *transformación productiva con equidad* (CEPAL, 1990), con la cual esa organización pretendió salir de la postura defensiva en la cual se encontraba a partir de la crisis (política y teórica) del modelo de la "industrialización por sustitución de importaciones", y retomar así un protagonismo en la discusión sobre los modelos de desarrollo en América Latina.

En la segunda mitad de los noventa la bibliografía europea y norteamericana sobre el desarrollo económico local (Albuquerque, 1997; Vázquez-Barquero, 1988) y las redes productivas también pasa a ser tomada como referencia en un número creciente de investigaciones realizadas en América Latina. Empiezan a surgir estudios sobre cadenas productivas y *clusters* en ciertos sectores (textiles, calzados, metalmeccánica, fruticultura, etc.), y en ciertas regiones (Campinas y Vale dos Sinos en Brasil, Rafaela en Argentina, Guadarrama en Perú, norte de México, etcétera).¹⁵

Cabe destacar también el trabajo del GERPISA (Groupe d'Études et de Recherches Permanent sur l'Industrie et les Salariés de l'Automobile), una red de investigadores (principalmente europeos, entre los cuales se destacan Robert Boyer, Michel Freyssenet, Giuseppe Volpato y Juan José Castillo) creada a fines de los ochenta con el objetivo de discutir la aparición de los nuevos modelos productivos a partir de la crisis del taylorismo-fordismo. Lo más interesante del GERPISA es el cuestionamiento de la idea de que

¹⁴ Volveremos a ese punto más adelante de este artículo.

¹⁵ Véase el proyecto desarrollado por la Red Latinoamericana de Educación y Trabajo sobre Cambio Tecnológico, Encadenamientos Productivos y Competencias Laborales (cuyos principales resultados están en Gallart y Novick, 1997), el número 3 de la *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo (Redes y regiones: Una nueva configuración)*, y asimismo los trabajos presentados en el Grupo de Trabajo Redes Productivas y Flexibilidad (Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, São Paulo, diciembre de 1996) y en el taller Producción Flexible y Nuevas Institucionalidades (Río de Janeiro, septiembre de 1997), como parte de un proyecto de colaboración entre investigadores latinoamericanos, norteamericanos y asiáticos promovido por el Social Sciences Research Council, la Comisión de Movimientos Laborales de CLACSO y la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo.

esos modelos emergentes estarían convergiendo, necesariamente, en un nuevo *one best way*. El GERPISA, llamando la atención sobre la existencia de formas muy diferentes de organización, o de la vasta diversidad de las prácticas reales de las organizaciones productivas (más allá del discurso común sobre los objetivos gestionarios), ha definido como objetivo elaborar una estructura analítica capaz de explicar por qué las prácticas concretas de las empresas siguen siendo tan diversas. Esa postura, más abierta y menos determinista, será fuertemente valorada por un grupo importante de investigadores latinoamericanos, con el cual se establecerá un importante y creativo diálogo. En esta línea se ubican también los trabajos del Institute for Development Studies de Sussex (Humphrey, 1995).

VIGENCIA Y RESISTENCIA AL PARADIGMA EVOLUCIONISTA EN AMÉRICA LATINA

La retrospectiva histórica que hemos hecho hasta aquí nos permite ahora situar la evolución de la temática del trabajo en la región. La sociología del trabajo latinoamericana nace muy vinculada a la sociología del desarrollo, y de cierta forma subordinada a ella. Subordinada en parte por los temas, pero principalmente por el tipo de construcción conceptual de la clase trabajadora que termina por producir. La temática básica de la sociología de la posguerra puede ser caracterizada como la transición de una sociedad agraria y tradicional a una sociedad urbana e industrial.¹⁶ A través de esa cuestión la sociología del trabajo latinoamericana entra en el espacio del mundo académico y realiza los primeros estudios sobre la clase trabajadora y sus movimientos, en un intento de combinar una reflexión teórica y metodológica con una base empírica de explicación.¹⁷

Los investigadores que en esa época se dedicaron al tema estaban fuertemente marcados por el paradigma cepaliano o compartían las mismas influencias teóricas básicas, en especial las teorías del desarrollo, en sus distintas vertientes.¹⁸

¹⁶ Esa cuestión teórica correspondía a la "sensación colectiva" existente en varios grupos sociales de que ésa era la experiencia fundamental del periodo (Sader y Paoli, 1986: 47).

¹⁷ Antes de eso se registra poco esfuerzo sistemático de estudio sobre el trabajo y los trabajadores en la región. Además de algunos textos de corte más histórico, la información disponible consistía principalmente en documentos político-programáticos de los partidos que pretendían tener vínculos con la clase trabajadora, y de testimonios provenientes de militantes sindicalistas y/o políticos (principalmente anarquistas y comunistas). Esa característica parece haber sido común a varios países, entre ellos Brasil (Paoli y Sader, 1986; Castro y Leite, 1994), México (De la Garza, 1993a) y Venezuela (Iranzo, 1994).

¹⁸ Para un análisis sobre la "multifacética escuela latinoamericana del desarrollo", de la cual la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) es una de las principales expresiones, véanse Kay (1991) y Bielschowsky (1988).

El paradigma cepaliano originario y la propuesta de la industrialización sustitutiva de importaciones pretendían ser una respuesta a la temática definida como fundamental en esa época, esto es, el problema de la modernización de la sociedad, entendido como la transición de una sociedad rural-tradicional a una sociedad urbano-industrial. A partir de supuestos distintos a las teorías neoclásicas y de la modernización (cuyo principal exponente en América Latina es Gino Germani), la escuela “reformista-estructuralista” que se origina en la CEPAL en los años cincuenta introduce en la discusión los conceptos de desarrollo y subdesarrollo concebidos como un proceso único, resultado de un proceso mundial de acumulación capitalista, el cual, de manera permanente, reproduce ambos polos del sistema mundial. Como resultado de ese análisis se cuestionan las políticas que se derivan de las teorías neoclásica y de la modernización, abogando fuertemente por la alternativa de la “industrialización por sustitución de importaciones”, vía a través de la cual los países de la periferia podrían superar el “modelo primario exportador” (Kay, 1991).

Para el tema que nos interesa discutir en este texto vale señalar que, desde sus formulaciones iniciales, el paradigma cepaliano se planteaba el problema de quiénes serían los agentes (actores) de ese proyecto de transformación: cuáles serían las fuerzas sociales emergentes en el proceso de industrialización en condiciones de llevarlo adelante o, en otras palabras, cuáles sería los grupos y clases sociales capaces de transformar las bases de la sociedad latinoamericana en el sentido deseado (Paoli, Sader y Telles, 1984).

Entre esas fuerzas sin duda la central era el Estado, el sujeto desarrollista y modernizador por excelencia. No solamente el agente capaz de movilizar los recursos económicos para montar las bases de la industria pesada (siderurgia, petróleo, petroquímica), subsidiar al empresariado nacional, proteger los mercados, etc., sino también el sujeto político capaz de garantizar el carácter nacional e integrador del proceso industrializador. En ese sentido, se establece una estrecha relación entre la (propuesta de) industrialización sustitutiva y el tipo de Estado considerado capaz de impulsarla; históricamente, ese Estado termina por asumir, en muchos casos, la forma de Estado populista, en sus diversas variantes nacionales.

Por otro lado, en el modelo, el rol del empresariado privado era secundario y complementario, visto como un agente que tenía que ser “convencido” por el Estado de la importancia y la viabilidad del proyecto industrializador. En ese sentido, la incorporación del empresariado privado al proyecto exigía un esfuerzo especial por parte del Estado, que pasaba a ser un factor central también en su constitución en tanto actor económico y social.

¿Y respecto a los trabajadores? ¿Qué papel les estaba reservado en el paradigma?

Sin duda la presencia obrera y sindical era vista como una de las fuerzas emergentes en esa sociedad en transformación, producto, fundamentalmente, del proceso de industrialización y urbanización acelerados.

En efecto, en ese periodo las repercusiones del proceso de industrialización sobre la estructura social y política de los países latinoamericanos fueron significativas: migración campo-ciudad, movilidad social ascendente, incorporación al consumo, participación política de grandes masas comprometidas con el Estado populista, notable impulso al desarrollo del sindicalismo y de los conflictos laborales. Esos últimos aspectos pasan a desempeñar un papel importante en la promoción de la integración a la nación de los grupos (social y económicamente) movilizados por el proceso industrializador (Zapata, 1995).¹⁹

En ese contexto, parte importante de la legitimación lograda por el Estado populista fue resultado de la utilización de la movilización social para obtener el apoyo de las masas hacia el proyecto industrializador. En ese sentido, las “masas urbanas” pasan a ser un elemento clave del discurso del Estado (Castro y Leite, 1994), y asimismo marcan su presencia en el pensamiento académico.

La gran pregunta (académica y política) que se formulaban los que estaban preocupados por el tema del trabajo y los trabajadores en ese periodo se refería a la capacidad que tendrían nuestras sociedades de “producir” una clase trabajadora adecuada a ese proyecto de cambio social, tanto en sus actitudes, comportamientos, valores, como en sus formas de expresión social (sindicatos) y política (partidos).

Impregnados de esa inquietud, los estudios pioneros de la sociología del trabajo en la región se caracterizan por una fuerte preocupación por la investigación empírica, o sea por conocer en el terreno las nuevas realidades del trabajo que estaban siendo generadas por el proceso de industrialización y urbanización. Algunos de ellos se dirigen a las fábricas, tratando de investigar las actitudes y comportamientos políticos de los trabajadores, su relación con el sindicato, su nivel de conciencia (Lopes, 1964; Touraine y Di Tella, 1967; Rodrigues, 1970); otros se dirigen a los sindicatos, privilegiando el análisis de su relación con el Estado o los partidos (Rodrigues, 1966; Rodrigues, 1970).

Por ejemplo, en Huachipato y Lota (Touraine y Di Tella, 1967), estudio de caso de dos empresas chilenas que se convirtió en un clásico en la sociología del trabajo latinoamericana, la situación social es el concepto que permite analizar el impacto de variables de tipo estructural so-

¹⁹ Como, por ejemplo, las campañas por la nacionalización del petróleo en Bolivia (1936), México (1938) (Zapata, 1995) y Brasil (años cincuenta).

bre el tipo de conciencia obrera (el origen rural o urbano, la posición en la estratificación social, el nivel educativo, el salario). Los autores incluyeron otras variables subjetivas (la identidad profesional y la satisfacción en el trabajo) pero no les otorgaron importancia en el análisis. Las diferencias observadas en el comportamiento obrero en ambas empresas fueron atribuidas a que se encontraban en dos momentos sucesivos de la evolución de la industrialización, en una transición de una sociedad cerrada a una sociedad abierta, de una gestión empresarial tradicional a una administración moderna.

Lo que llama la atención es que, a pesar de la diversidad de temas y niveles de análisis, los estudios en esa primera etapa se desarrollan en un marco interpretativo y analítico bastante común. Y aquí nos encontramos con uno de los "pecados" de los análisis estructuralistas de la época o, mejor dicho, del fuerte componente determinista presente en la mayoría de esos análisis. El problema es que, en el marco analítico predominante, el elemento explicativo fundamental para la caracterización de la clase trabajadora latinoamericana, así como de sus formas de organización, expresión y presencia social y política (y de sus posibilidades), será buscado, básicamente, en las características estructurales de la sociedad, en especial en las características del proceso industrializador. Aún más, la reflexión acerca de las condiciones y posibilidades del proceso industrializador (considerado, según ya se ha dicho, como la clave de acceso a la modernidad y el desarrollo de esas sociedades) se hacía en gran parte por el procedimiento de contrastar dicha experiencia con la de los países industrializados. Uno de los resultados de esa comparación fue subrayar la persistencia de los llamados comportamientos preindustriales (Zapata, 1995), haciendo hincapié en las debilidades del proceso industrializador (desigual en su implementación y sin poder homogenizador de las relaciones sociales), lo que se convirtió en el elemento fundamental para explicar las debilidades de la clase trabajadora y sus movimientos (Paoli y Sader, 1986).

En otras palabras, en esa matriz de pensamiento las características estructurales del proceso de industrialización (su carácter débil, poco integrado y tardío) lo hacían incapaz de producir los sujetos sociales considerados típicos de las sociedades modernas. La clase trabajadora "producida" por la industrialización latinoamericana era relativamente pequeña, en extremo condicionada por su origen rural reciente, muy apegada a los valores tradicionales del campo y con gran dificultad de inserción en la sociedad industrial. Eso dificultaba y casi imposibilitaba la estructuración de formas de acción colectivas mínimamente eficaces, así como comportamientos más "adecuados" al proceso de modernización de la sociedad.

De ese modo se produce un círculo vicioso: la presencia social y política de los trabajadores y sus organizaciones, que, en algún punto del modelo, era definida como decisiva (una de las fuerzas consideradas fundamentales para el proceso de transformación de la sociedad en el sentido deseado), era, al mismo tiempo, una presencia vista como casi necesariamente subalterna, debido a las características estructurales de la sociedad que la había “producido” (Paoli, Sader y Telles, 1984).

La imagen de la clase trabajadora que se hace paradigmática representa, por lo tanto, un sujeto definido básicamente por su negatividad, o sea por la falta de una identidad social y política colectiva, la falta de una racionalidad coherente con su posición objetiva en el proceso de producción. Las prácticas de sociabilidad, trabajo y asociación de la “clase trabajadora latinoamericana realmente existente” son consideradas casi el opuesto de aquello que se esperaría idealmente como las características de la clase trabajadora, teniendo como referencia las teorías sobre relaciones industriales, el marxismo y la evolución tipológica de los países europeos en su trayectoria de constitución del capitalismo (Paoli y Sader, 1984).²⁰ La única forma de llenar los “vacíos” producidos por esa ausencia era, una vez más, la acción del Estado.

Ese resultado no significa que el paradigma ignorara la presencia social y política de la clase trabajadora. Por el contrario, tenía gran sensibilidad a su fuerza “virtual”.

PRIMERA RUPTURA: LA RECUPERACIÓN DE LA PERSPECTIVA DEL ACTOR

A mediados de los años setenta cambia la cuestión clave que enmarca la sociología latinoamericana. La polarización central no es más aquella entre una sociedad atrasada (rural-tradicional) y una sociedad moderna (urbano-industrial). La polarización se define ahora por la *oposición entre democracia y dictadura* y la preocupación central del pensamiento sociológico pasa a ser la naturaleza del régimen político y las posibilidades de cambio en ese nivel. La experiencia societal e histórica que está en la base de ese cambio en la trayectoria del pensamiento es, por cierto, la instauración de dictaduras militares en varios países de la región.

La ruptura con el paradigma estructural-determinista nace de la necesidad de repensar la elaboración anterior sobre la clase trabajadora a partir de las dos grandes derrotas que marcan a la región en ese mo-

²⁰ Las excepciones aquí quizá sean Chile y Uruguay, países en los cuales, en ese periodo, las formas de organización y expresión de los trabajadores (el tipo de organización, de acción sindical, los parámetros político-ideológicos, el estilo de vinculación con partidos, etc.) se acercaban más a los modelos “clásicos” a que se hace referencia.

mento. En primer lugar, la derrota de los proyectos populistas y reformistas, en los cuales el Estado era visto como un actor central. En segundo, la derrota del optimismo nacional-desarrollista.

Esta primera "crisis de la modernidad" estuvo vinculada a los cambios de modelo económico derivados de los golpes militares, pero también a la evidencia de los límites del proceso de industrialización en el periodo democrático en su capacidad de reducir la pobreza e integrar a las masas populares. En ese contexto, la industrialización deja de ser vista como el gran proceso redentor de las sociedades latinoamericanas.²¹

Un elemento central de esta ruptura es la crítica al paradigma que postulaba al Estado (y la institucionalidad de él derivada), como campo fundamental de constitución de las clases sociales (positiva y/o negativamente). Esa crítica está relacionada con el hecho histórico del "cierre del Estado a la experiencia social" a partir de la instauración de las dictaduras militares (Paoli, Sader y Telles, 1984).

En contraposición, se pone el acento en la autonomía de la dinámica social (y en especial de los actores sociales) en tanto factores dotados de poder explicativo. Gana fuerza la idea de que el carácter de esos actores no proviene directamente del carácter de la sociedad y/o del Estado. Surgen interpretaciones que atribuyen las características del movimiento obrero latinoamericano menos a los "límites objetivos" puestos por la naturaleza misma de la sociedad y del proceso de industrialización, y más a factores políticos, tales como las orientaciones de los sindicatos o partidos y las opciones históricas de los sujetos sociales en determinadas coyunturas. Se recupera así una noción menos determinista de la historia, se afirma el peso de la contingencia, se extiende el campo de acción posible de los sujetos (y su responsabilidad en el desarrollo de los acontecimientos).

Entre los autores característicos de esa etapa se destacan Weffort (1972a y 1972b), Delich (1970), Murmis y Portantiero (1971), Torre (1974), Barrera (1973), Moisés (1978), Campero y Valenzuela (1985). Además de los estudios de carácter sociopolítico que buscaban analizar la relación del movimiento sindical con determinadas coyunturas o movimientos políticos, como los de Weffort (sobre el varguismo y la democratización de 1946 en Brasil), Torre, Murmis y Portantiero (sobre el peronismo en Argentina), Campero y Valenzuela (sobre el gobierno de la Unidad Popular y el golpe militar en Chile), surge una serie de estudios de caso de conflictos y huelgas obreras que trataban de eviden-

²¹ Según Kay (1991), los teóricos de la CEPAL, principales formuladores del paradigma de la industrialización por sustitución de importaciones, ya a comienzos de los sesenta empezaron a publicar una serie de críticas a las características del proceso de industrialización latinoamericana, haciendo énfasis en esos dos aspectos.

ciar el rol de los trabajadores en tanto sujetos colectivos; entre ellos las grandes huelgas de 1953 en San Pablo (Moisés, 1978), el "cordobazo" argentino (Delich, 1970), las huelgas de Contagem y Osasco en Brasil (Weffort, 1972a).

Bajo la influencia de la sociología de los movimientos sociales florece toda una vertiente de estudios que va a privilegiar la dimensión política, el diagnóstico sobre el sistema de dominación, el estudio de los sindicatos en su relación con el Estado y los partidos (Zapata, 1985; CLACSO, 1985; Campero y Cuevas, 1991; Barrera y Falabella, 1990). De esta manera, la sociología del trabajo se vuelca hacia una "sociología del sindicalismo".

Ese cambio temático a su vez supone un cambio conceptual: el análisis de las prácticas de los trabajadores (su experiencia, según Thompson) gana un nuevo estatuto teórico, sustituyendo las razones de naturaleza estructural en la explicación de la formación y de la actuación de la clase trabajadora.

El regreso a la fábrica en ese momento (mediados de los años setenta), sin embargo, no se vincula fundamentalmente al tema del proceso de trabajo, sino que forma parte de la cuestión de la democracia y tiene que ver en esencia con el análisis de las posibilidades de reconstrucción del movimiento obrero y sindical. La dimensión del proceso de trabajo pasa a ser incorporada a los análisis con el objetivo básico de entender las características del proceso de dominación de los trabajadores dentro de las empresas y las condiciones de surgimiento de experiencias de resistencia y/o conflicto organizado. Quizá lo que más diferencie a ese tipo de estudio de los análisis clásicos basados en la teoría del proceso de trabajo²² es que tanto la dominación como la resistencia y el conflicto, aunque definidos dentro de la empresa, aparecen fuertemente relacionados con el cuadro político vigente; más que eso, la preocupación principal de los investigadores se concentra en el análisis de esa relación.

En otras palabras, en esos estudios las condiciones de sustentación del despotismo fabril (existente dentro de las empresas) no pueden ser explicadas sino con referencia al autoritarismo político (existente en el conjunto de la sociedad y característico del régimen político vigente); por otro lado, el interés de los investigadores por las manifestaciones de resistencia y/o conflicto obreros no está referido sólo a las posibilidades de transformación de las situaciones de trabajo, sino que se vincula estrechamente al análisis del efecto que puedan tener en la constitución de la ciudadanía de los trabajadores en un sentido más amplio, así como en la lucha general por la democratización de la sociedad.

²² Véase el balance de la bibliografía inglesa sobre proceso de trabajo en Ramalho, 1991.

El país donde ese tipo de estudio encuentra mayor desarrollo es Brasil. Ahí se redescubre la fábrica en medio de la dictadura, tratando de indagar las manifestaciones posibles de la subjetividad obrera en condiciones tan adversas, así como su capacidad de promover cambios en las condiciones de trabajo, recuperar las formas propias de organización y lucha (tales como el sindicato, la huelga, las negociaciones colectivas) y de participar como actor colectivo en la lucha democrática desarrollada más ampliamente en la sociedad.²³

La mirada sociológica se vuelca hacia la vida cotidiana de los trabajadores en la fábrica, recuperando y ampliando la vigencia de un nivel de análisis presente en algunos estudios de la fase anterior. Pero la fábrica será ahora iluminada por otra problemática, interpelada por otras preguntas. El análisis no estará centrado ya en las posibilidades de modernización de la sociedad o en la adecuación de las actitudes y orientaciones de los trabajadores a la vida urbano-industrial, sino en el binomio dominación/resistencia (la noción de conflicto aquí es clave).

El espacio de la producción se configura así como un espacio politizado. Se rompe la dicotomía entre economía (producción) por un lado y política (partidos y sindicatos) por el otro, disociación característica de los estudios de la primera etapa (Castro y Leite, 1994). En esa vertiente, se redescubren los diálogos interdisciplinarios de la sociología, básicamente con la historia y la antropología.

En Argentina, a su vez, también se produce, bajo la dictadura, una "vuelta de la sociología a la fábrica" a través de la temática de las condiciones de trabajo, analizada con referencia a los puestos de trabajo.²⁴ En la segunda mitad de los ochenta, "esta mirada al interior de la unidad productiva va a focalizarse en el proceso de trabajo como unidad de análisis tanto de las condiciones de trabajo como de los efectos del cambio tecnológico sobre las mismas" (Catalano y Novick, 1992: 41).²⁵

En otros países, como Chile, donde la vigencia del régimen autoritario se combina, durante toda una primera etapa, con un fuerte proceso desindustrializador y desorganizador de las unidades productivas, y las tasas de desempleo urbano abierto llegan a alcanzar el 30% de la población activa, la trayectoria de la sociología del trabajo sigue otros cami-

²³ Entre el conjunto de trabajos producidos bajo esa preocupación podemos señalar los de Frederico (1978 y 1979), Humphrey (1979 y 1982), Durand (1987), Maroni (1982), Abramo (1986) y Faria (1986), entre otros.

²⁴ Se destaca el trabajo realizado por CEIL-CONICET y por el Grupo de Condiciones y Medio Ambiente de Trabajo de CLACSO. Entre las principales publicaciones podemos citar Neffa *et al.* (1986), Novick *et al.* (1987).

²⁵ Entre los trabajos característicos de esa etapa destacamos Walter (1985); Walter, Testa y Ruffier (1987); Gáldiz (1988); Neffa *et al.* (1986); Casalet (1989); Novick y Lavigne (1990); Novick (1991).

nos. De la misma manera que el movimiento sindical chileno no parece haber tenido otra salida, en esas condiciones, que concentrar su proceso de reorganización en una dinámica que ocurriría fuera de las fábricas,²⁶ la sociología del trabajo se desplaza a una sociología del empleo y a las labores de apoyo al movimiento sindical.²⁷ Se privilegian los estudios de las estrategias de sobrevivencia de los sectores populares (PET), la pobreza (Altimir, 1981; Molina, 1982, entre otros), la precarización y la informalidad en los mercados de trabajo urbanos (PREALC, 1981).

Uno de los grandes problemas de la disciplina en ese periodo puede ser caracterizado por el poco diálogo o la ausencia de canales de comunicación entre esas dos dimensiones. En general los estudios de la fábrica y del proceso de trabajo tienen muy poca relación con los estudios sobre el empleo y el mercado de trabajo. Hasta puede decirse que se produce una cierta competencia de legitimidades en el espacio académico, concentrándose los sociólogos en la primera de esas dimensiones (y realizando estudios de caso de nivel micro, con metodologías eminentemente cualitativas), y los economistas en la segunda de ellas, con estudios de carácter más macro y metodologías cuantitativas.

SEGUNDA RUPTURA: RECONVERSIÓN PRODUCTIVA Y PROCESO DE TRABAJO

La crisis de la deuda externa, la globalización de la economía y los cambios en los patrones internacionales de competitividad transforman radicalmente el contexto de la discusión.²⁸ La cuestión clave, que comenzará a sobredeterminar la reflexión de los estudiosos del trabajo, es el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, el impacto social del ajuste y de la reconversión exportadora, la crisis del taylorismo-fordismo y sus manifestaciones en las situaciones de trabajo.

La economía vuelve a ganar supremacía sobre la política, aunque en una visión mucho menos optimista y más tecnocrática que la que predominó en la primera fase. El tema ahora es como ajustarse a los nuevos patrones dominantes a escala internacional, de qué modo recuperar capacidad competitiva y alguna forma de inserción en el orden económico mundial, como condiciones básicas para la recuperación del creci-

²⁶ Véase a ese respecto Abramo (1994).

²⁷ Véase la labor de las ONG, como el Programa de Economía del Trabajo (PET), entre otras.

²⁸ Vale hacer notar que en América Latina esos procesos son más o menos simultáneos a los procesos de transición democrática en varios países, lo que va redefiniendo también la centralidad de la cuestión característica del periodo anterior (la oposición entre democracia y dictadura).

miento. De esta manera pierde vigencia la economía política característica de la primera etapa, en la cual, como ya hemos visto, la discusión sobre la industrialización o el desarrollo aparecían fuertemente marcadas por una idea de cambio social.

En otras palabras, la subordinación de la sociología a la economía no se caracteriza ya por una subordinación a la economía política del desarrollo (con todos los problemas relacionados con los rasgos de determinismo estructural que pudieran contener las versiones predominantes en los años cincuenta y sesenta), sino por la subordinación a un tipo de economía clásica que se acerca mucho más a las teorías de la competitividad.

En el campo de los estudios del trabajo se perfilan dos posturas básicas. Por un lado hay una poderosa vertiente que vuelve a poner el tema de la modernización en el centro de la discusión. Sin embargo, se trata ahora de una modernización identificada no con una idea de cambio social sino con la adecuación necesaria a un nuevo patrón, un nuevo *one best way* (el paradigma “posfordista”, la *lean production*, el modelo japonés). La investigación conducida bajo esa perspectiva se vuelca hacia el examen de hasta qué punto ese modelo está siendo implantado en América Latina y el Caribe y lo que falta para llegar allí. En general su conclusión es observar, en algunos pocos casos, la proximidad de la realidad con el modelo (casi siempre cuando se analizan algunas empresas líderes de los sectores “de punta”, las *best practices* locales) y, en la gran mayoría de ellos, su distancia, principalmente en lo que se refiere a las nuevas formas de organización del trabajo, a la precariedad de la política de recursos humanos, a la reproducción de relaciones de trabajo autoritarias y poco participativas. El discurso analítico se confunde muchas veces con el discurso propositivo.

Una de las consecuencias de ese tipo de enfoque es una nueva tendencia a la desaparición de los sujetos y, más específicamente, a la desaparición de los trabajadores (y los sindicatos) en tanto sujetos, y la emergencia del empresario como tema de estudio.²⁹ El actor por excelencia pasa a ser el empresario privado, más particularmente la gerencia de las empresas, en especial de aquellas modernizadas, globalizadas, insertas en la economía internacional. El empresariado privado —o por lo menos su fracción “globalizada” y “modernizada”— aparece como victorioso frente al Estado y los sindicatos, como el gran ganador de la “batalla de las ideas” (Campero, 1989).³⁰ Pero, sin embargo, se podría pensar que incluso ese (único) actor tiene un margen de libertad reducido,

²⁹ Véase la formación del grupo Empresarios y Estado, de CLACSO.

³⁰ Véase, además de Campero, el artículo (1990) y posterior libro (1997) de Montero sobre el sector modernizado de los empresarios chilenos, definidos por la autora como los “héroes de una revolución autoritaria”.

ya que se supone que su única posibilidad de éxito sería la adecuación necesaria (y mientras más rápida mejor) a los nuevos patrones de competitividad dominantes a escala internacional.

Por otro lado, se desarrollan los estudios que buscan profundizar el camino y las perspectivas teóricas abiertas en el periodo anterior. En ellos el espacio de la producción sigue siendo visto como un espacio de conflicto, los procesos de cambio tecnológico y reorganización del trabajo como procesos social e históricamente determinados, donde la acción de los sujetos (que se configuran en distintas estrategias empresariales y sindicales) son elementos importantes para definir su naturaleza, su ritmo y sus efectos sociales.³¹

Esa segunda postura es más relativista, y no acepta la inexorabilidad de un nuevo *one best way* que, discutible en los países desarrollados, mucho más lo sería en América Latina. Su preocupación ha sido fundamentalmente buscar la singularidad de las experiencias observadas, haciendo énfasis en las diferencias y las particularidades (entre empresas, sectores y países) de las dinámicas de transformación productiva en curso, pensadas no como etapas distintas de un mismo proceso cuya direccionalidad está dada, sino como distintas alternativas de reestructuración, que pueden tener efectos económicos, sociales y políticos también distintos.

Esta línea de estudios ha sido hasta ahora bastante fértil, produciendo material empírico de buena calidad, que ha ayudado a hacer avanzar mucho el conocimiento sobre la realidad del trabajo en la región. Pero pasada una primera fase de acumulación, corre el riesgo de perderse en la singularidad, riesgo que frecuentemente se ha reflejado en el uso reiterado y casi exclusivo de estudios de caso en el nivel de empresa, contribuyendo poco a la elaboración de teorías y conceptos de nivel intermedio, que permitiesen llegar a algunas conclusiones (si bien provisionales) sobre los grandes temas en debate.

Esa disyuntiva ha sido identificada por varios autores como Díaz (1993), De la Garza (1993a), Humphrey (1994), Castro y Leite (1994). En los últimos años se ha tratado de diversas formas de superar las críticas y limitaciones indicadas en esos análisis (y sin duda todos los espacios de encuentro e interlocución señalados en la introducción de este artículo han contribuido mucho a ese avance). En primer lugar, buscando

³¹ Como ejemplos de esos estudios podemos citar los realizados en Brasil sobre los procesos de innovación tecnológica y organizacional y sus impactos sobre el trabajo y los trabajadores, en especial en los sectores metalmeccánico, petroquímico y bancario (publicados, entre otros, en Carvalho, 1987; Neder *et al.*, 1988; Leite y Silva, 1992; Leite, 1994); los realizados en México por De la Garza (1993b); Carrillo (1993) y Herrera (1994); en Uruguay por Stolovich (1992); en Argentina por Novick (1991), y en Chile por Díaz (1991). Para una discusión más en detalle de esa trayectoria véase Abramo *et al.* (1997).

emprender investigaciones de mayor envergadura, tratando, por ejemplo de: a) combinar métodos cualitativos y cuantitativos,³² b) estudiar agrupaciones de empresas (en cadenas productivas o *clusters*) y no empresas aisladas.³³ En segundo lugar, buscando sistematizar toda una serie de estudios de caso de empresas (o una trayectoria de investigación —individual y/o colectiva— de varios años) en determinados sectores, con el objetivo de esbozar conclusiones sobre los procesos en curso, así como de (re)discutir conceptos asociados con las transformaciones del trabajo en el contexto de la reestructuración, tales como la participación e involucramiento de los trabajadores, los cambios en la cultura laboral, etcétera.³⁴

CONCLUSIONES

Las ciencias sociales de la región no han sido ajenas a la evolución de los paradigmas productivos en los países industrializados ni a los enfoques teóricos que dieron cuenta de ello. La trayectoria interpretativa que se observa en los estudios del trabajo permite visualizar un doble movimiento intelectual, tanto en la fase de la industrialización sustitutiva como en la de la globalización. Por una parte, la tendencia a considerar la experiencia de los países industrializados como un modelo paradigmático frente al cual no queda sino identificar los vacíos y carencias de una realidad “atrasada”; por otra, la tendencia a asumir *como referencia principal de análisis* las formas y caminos propios de organización del trabajo y de la producción en cada país, sector o territorio, reconociendo el conflicto social como parte del proceso de definición de los nuevos modelos, evidentemente sin dejar de tener en cuenta el debate internacional sobre los temas en cuestión.

La especificidad de la trayectoria de la sociología del trabajo latinoamericana frente a los paradigmas teóricos extranjeros se explica por muchas razones. En parte porque la realidad de la industrialización tardía no calzaba con el ritmo y extensión de ese mismo proceso en los países centrales. También porque los modelos no podían aplicarse en forma sencilla a un contexto productivo caracterizado por la heterogeneidad estructural y por la precaria participación de los sujetos sociales en el sis-

³² Un ejemplo de ese tipo de aproximación puede verse en Iranzo, 1995.

³³ Como ejemplos de ese tipo de estudio tenemos el proyecto *Reestruturação Produtiva e Qualificação*, coordinado por Marcia Leite (Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Educación de la Universidad de Campinas), y los trabajos presentados al Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo en el grupo de trabajo *Redes Productivas y Flexibilidad*, coordinado por Leda Gitahy (Instituto de Geociencias de la Universidad de Campinas) y Jorge Carrillo (El Colegio de la Frontera Norte, México), así como los reunidos en Gallart y Novick (1997).

³⁴ Leite (1995); Castro (1995); De la Garza (1993b).

tema político. Pero también porque la inserción de las ciencias sociales en las sociedades latinoamericanas ha seguido patrones muy diferentes: distancia entre el quehacer científico y el mundo de la empresa, compromiso social y político del intelectual, restricción de la investigación social durante los autoritarismos, repliegue de la reflexión crítica en la fase de liberalización y reducción de los medios de financiamiento para la investigación propiamente académica durante la fase de la globalización.

En este marco no son de extrañar algunos de los rasgos de los estudios del trabajo que hemos resaltado en este ensayo. En forma sucinta recordemos algunos de ellos, resumiendo las principales tendencias teórico-empíricas:

1. En la sociología del trabajo latinoamericana ha predominado, durante mucho tiempo, un enfoque de *cambio social*, ya como un proceso de transformación de las estructuras económicas de la sociedad a partir de un proyecto modernizador, ya sea como transformación de los regímenes autoritarios a partir de proyectos democratizantes. En ese marco de preocupación la sociología en la región siempre tuvo como foco de interés importante el actor sindical y el sujeto obrero colectivo. El ajuste estructural debilitó a los actores colectivos y tendió a desplazar el análisis sociológico bajo la hegemonía de un pensamiento económico marcado por la discusión de la necesidad de adecuación de las economías (y las sociedades) nacionales a los nuevos patrones internacionales de competitividad y a los nuevos modelos de empresa de ahí derivados.

2. Los paradigmas teóricos han estado marcados, en la fase inicial de desarrollo de la sociología del trabajo latinoamericana, por la centralidad de la economía del desarrollo; en un segundo momento, por la centralidad de la política y, durante el ajuste, por una aparente sobredeterminación de los procesos sociales por la economía. En ese contexto surge un nuevo e importante desafío para las ciencias sociales: la necesidad de recuperar una mirada propiamente sociológica sobre los procesos en curso, en particular en lo que se refiere a los temas de la reestructuración productiva y sus impactos sobre el trabajo y el empleo. En ese esfuerzo el diálogo de la sociología con la economía, la ingeniería industrial, la administración de empresas, etc., puede ser muy provechoso en el sentido de lograr una mejor comprensión de los fenómenos que ocurren dentro de las empresas y en el conjunto del mercado de trabajo.

3. La sociología latinoamericana, con contadas excepciones, tendió a ignorar totalmente al actor empresarial. Esto cambia en los años ochenta, con un despertar del interés por los empresarios, que se refleja en un mayor número de estudios y en la formación de grupos de trabajo académicos dedicados al tema.

4. También han cambiado los *espacios sociales* que son objeto de estudio. De los espacios nacionales indiferenciados se ha pasado al estudio de espacios locales y regionales, así como a los emergentes espacios de comercio internacional (mercados regionales o zonas de libre comercio).

5. Entre los temas emergentes hay que destacar nuevas exploraciones en cuanto al enfoque propiamente epistemológico, con una influencia de la filosofía constructivista (superación del paradigma racionalista) y un renovado interés por la subjetividad y por la formación de identidades.

6. Las relaciones entre la sociedad, el trabajo y la empresa son, como nunca antes, un espacio de interés para académicos, funcionarios públicos y consultores privados, aunque eso no siempre se traduce en mayores recursos para la investigación.

Cuando la formulación de políticas públicas deje de mirarse como un problema exclusivamente económico, no se podrá postergar por mucho tiempo la reflexión sobre las bases sociales de los o el nuevo modelo de desarrollo. Es ahí donde aparece la riqueza y complejidad de las situaciones de trabajo y la importancia de la investigación en ese terreno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramo, L., *O resgate da dignidade. As greves de 1978 em São Bernardo*, tesis de maestría, FFLCH-USP, São Paulo, 1986.
- , "La sociología del trabajo en América Latina: Nuevos paradigmas productivos, subjetividad obrera y relaciones de género", *Revista de Economía y Sociología del Trabajo* (Madrid), núm. 23/24, marzo-junio, 1994.
- Abramo, L. et al., "The institutionalization of sociology of work in Latin America", *Work and Occupations*, vol. 4, núm. 3, agosto, 1997.
- Albuquerque, F., *Desarrollo económico local y distribución del progreso técnico (una respuesta a las exigencias del ajuste estructural)*, ILPES, Santiago, 1997.
- Arango, L. G., *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1991.
- Barrera, M., *El conflicto obrero en el enclave cuprífero*, Instituto de Economía y Planificación, Universidad de Chile, Santiago, 1973.
- Barrera, M. y G. Falabella, *Sindicatos bajo regímenes militares*, UNRIS-CES, Santiago, 1990.
- Bielschowsky, R., *Pensamiento econômico brasileiro. O ciclo ideológico do desenvolvimento*, IPEA/INPES, Río de Janeiro, 1988.
- Braverman, H., *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1975.
- Briones, G., *El empresario industrial en América Latina*, CEPAL, Buenos Aires, 1963.

- Buroway, M., *The Politics of Production*, Verso, Nueva York, 1985.
- Campero, G., *Los empresarios ante la alternativa democrática: El caso de Chile*, ILET, Santiago, 1989.
- Campero, G. y A. Cuevas, *Sindicatos y transición democrática*, Planeta-ISCOS/CISL-CLACSO, Santiago, 1991.
- Campero, G. y J. Valenzuela, *El movimiento sindical chileno en el capitalismo autoritario (1973-1981)*, ILET, Santiago, 1985.
- Carrillo, J. (comp.), *Condiciones de empleo y capacitación en las maquiladoras de exportación en México*, Secretaría del Trabajo-El Colegio de la Frontera Norte, México, 1993.
- Carvalho, R. Q., *Automação e trabalho na indústria automobilística*, UNB-MIC-OIT-PNUD-IPLAN, Brasilia, 1987.
- Casalet, M., *Tecnología y organización del trabajo. La industria metalmeccánica argentina*, UAM-Xochimilco, México, 1989.
- Castro, N. y M. Leite, "A crise do Brasil moderno: Sociedade industrial e sociologia do trabalho", Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, noviembre, 1993.
- Catalano, A. M. y M. Novick, "Relaciones laborales y sociología del trabajo. A la búsqueda de una confluencia", *Sociedad* (Buenos Aires), núm. 1, octubre, 1992.
- CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, CEPAL, Santiago, 1990.
- CLACSO, *El sindicalismo latinoamericano en los ochenta*, CLACSO, Santiago, 1985.
- Colloque de Dourdan, Groupe de Sociologie du Travail, *La division du travail*, Galilée, París, 1978.
- De La Garza, E., "Reestructuración productiva y respuesta sindical en América Latina 1982-1993", *Sociología del Trabajo* (Madrid), 1993a, 19: 41-68.
- , *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*, UAM/UNAM, México, 1993b.
- De la Garza, E., J. Carrillo y F. Zapata, "Reestructuración productiva y respuesta sindical en América Latina 1982-1993", *Sociología del Trabajo*, Madrid, núm. 19, 1993a.
- Delich, F., *Crisis y protesta social: Córdoba, mayo de 1969*, Signos, Buenos Aires, 1970.
- Díaz, A., *Modernización tecnológica y sindicatos en la banca chilena*, SUR-Profesionales, Santiago, 1991.
- , *Chile: Dinámica de largo plazo en el cambio tecnológico de una empresa metalmeccánica*, documento de trabajo núm. 135, SUR-Centro de Estudios Sociales, Santiago, 1992.
- , *Industria y especialización flexible en América Latina. Apuntes para la discusión*, SSRC Workshop Industrial Governance and Labor Flexibility in Comparative Perspective, Nueva York, septiembre, 1993.
- Durand, V. M., *Crisis y movimiento obrero en Brasil*, UNAM, México, 1987.
- Edwards, R., *Contested Terrain*, Basic, Nueva York, 1979.
- Faria, H., *A experiência operária nos anos de resistência: A oposição sindical metalúrgica de São Paulo e a dinâmica do movimento operário*, tesis de maestría, PUC, São Paulo, 1986.
- Frederico, C., *Consciência operária no Brasil*, Atica, São Paulo, 1978.

- , *A vanguarda operária*, Símbolo, São Paulo, 1979.
- Friedmann, G., "Prefacio", en T. di Tella *et al.*, *Huachipato y Lota*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1966.
- Gáldiz, A., *Cambio tecnológico y organización: División técnica del trabajo y movilización de saberes en Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1988.
- Gallart, M. A. y M. Novick (comps.), *Competitividad, redes productivas y competencias laborales*, CINTERFOR/OIT, Montevideo, 1997.
- Garretón, M. A., *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, CESOC, Santiago, 1993.
- Herrera, F., "La industria automotriz en México: ¿Del fordismo al posfordismo?", *Estudios Sociológicos*, 12(35): 319-331.
- Humphrey, J., "Operários da indústria automobilística no Brasil: Novas tendências no movimento trabalhista", *Estudos CEBRAP*, São Paulo, núm. 23, 1979.
- , *Fazendo o milagre (controle capitalista e luta operária na indústria automobilística)*, Vozes-CEBRAP, Río de Janeiro, 1982.
- , "New issues in the sociology of work", ponencia presentada al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 1993.
- , "Industrial reorganization in developing countries: From models to trajectories", *World Development*, vol. 23, núm. 1, 1995.
- Iranzo, C., "La sociología del trabajo en Venezuela", ponencia presentada al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 1993a.
- , "La sociología del trabajo en Venezuela", *Economía y Sociología del Trabajo*, 23-24: 167-178, 1993b.
- Kay, C., "Teorías latinoamericanas del desarrollo", *Nueva Sociedad*, núm. 113, 1991.
- Kerr, C., *Industrialism and Industrial Man*, Harvard University Press, Cambridge, 1960.
- Leite, M., *O futuro do trabalho*, Scritta, São Paulo, 1994.
- , "Novas formas de gestão da mão de obra e sistemas participativos no Brasil", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 1:135-154, 1995.
- Leite M. y R. Silva, *Modernização tecnológica, relações de trabalho e prática de resistência*, Iglu-ILDES-Labor, São Paulo, 1991.
- Leite Lopes, J. S., *O vapor do diabo (O trabalho dos operários do açúcar)*, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1976.
- Lopes, J. B., *Sociedade industrial no Brasil*, DIFEL, São Paulo, 1964.
- Maroni, A., *A estratégia da recusa*, Brasiliense, São Paulo, 1982.
- Moisés, J. A., *Greve de massa e crise política*, Polis, São Paulo, 1978.
- Montero Casassus, C., *La revolución empresarial chilena*, Dolmen, Santiago, 1997.
- , "La evolución del empresariado chileno: ¿Surge un nuevo actor?", *Estudios*, CIEPLAN, 30:91-122, 1990.
- , "Los problemas de la integración social: Empleos masculinos y femeninos de fácil acceso", *Proposiciones* (Santiago), 1993.
- Montero Casassus, C. y P. Desmarez, "La sociologie industrielle américaine: Origines, éclatement et retour à l'atelier", *Le travail et sa sociologie*, L'Harmattan, París, 1985.

- Montgomery, N., *Workers' Control in America*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- Moore, W. E., *Industrial Relations and the Social Order*, Macmillan, Nueva York, 1946.
- Murmis, M. y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- Neder, R. y colaboradores, *Automação e movimento sindical no Brasil*, HUCITEC/CEDEC/OIT/PNUD/IPEA, São Paulo, 1988.
- Neffa, J. C. *Nuevas tecnologías, proceso de trabajo y condiciones de trabajo*, Fundación Ebert, Buenos Aires, 1989.
- Neffa, J. C. et al., *Las condiciones de trabajo en la Argentina*, CEIL-Humanitas, Buenos Aires, 1986.
- Noble, D., *America by Design*, Oxford University Press, Oxford, 1977.
- Novick, M., "Nuevas tecnologías de gestión y acción sindical. Los métodos japoneses de producción en la industria argentina", *Estudios del Trabajo*, núm. 1, primer semestre, 1991.
- Novick, M. et al., *Condiciones de trabajo en América Latina*, CLACSO-CONICET, Buenos Aires, 1987.
- Novick M. y A. M. Catalano, "Reconversión industrial y relaciones laborales en la industria automotriz argentina", *Estudios del Trabajo* (Buenos Aires), núm. 11, 1996.
- Novick, M. y E. Lavigne, *¿Nuevas tecnologías de gestión? Una alternativa hacia un nuevo modelo de empresa*, documento de trabajo 20, CEIL/CONICET, 1990.
- Paoli, M. C. y E. Sader, "Sobre clases populares no pensamento sociológico", en Ruth Cardoso (comp.). *Aventura antropológica*, Brasiliense, São Paulo, 1986.
- Paoli, M. C., Vera Telles y E. Sader, "Pensando a classe operária: Os trabalhadores sujeitos ao imaginário acadêmico", *Revista Brasileira de História*, núm. 6, 1984.
- Pereira, V., *O coração da fábrica*, Campus, Río de Janeiro, 1979.
- Piore, M. y C. Sabel, *The Second Industrial Divide*, Basic, Nueva York, 1984.
- Porter, M. y C. *The Competitive Advantage of Nations*, The Free Press, Nueva York, 1990.
- PREALC, *Sector informal: Funcionamiento y políticas*, PREALC, Santiago, 1981.
- Rama, G. y S. Silveira, *Políticas de recursos humanos de la industria exportadora de Uruguay*, CINTERFOR-CEPAL, 1991.
- Ramalho, J. R., "Controle, conflito e consentimento na teoria do processo de trabalho: Um balanço do debate", *BIB*, 32: 31-48, 1991.
- Rodrigues, A., *Sindicato e desenvolvimento no Brasil*, DIFEL, São Paulo, 1967.
- Rodrigues, L. M., *Conflito industrial e sindicalismo no Brasil*, DIFEL, São Paulo, 1966.
- , *Industrialização e atitudes operárias*, Brasiliense, São Paulo, 1970.
- Rose, M., *Servants of Post-Industrial Power*, Macmillan, Londres, 1981.
- Staley, J., *Creating an Industrial Civilization*, Harper and Brothers, Nueva York, 1952.
- Stolovich, L., "Reproducción productiva y respuesta sindical en Uruguay", ponencia presentada al Seminario de la Red Francolatinoamericana de Trabajo y Tecnología, Buenos Aires, 1992.

- Sulmont, D., "Sociología del trabajo en el Perú, un balance", ponencia presentada al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 1993.
- Tanguy, L., *Entre la formation et l'emploi*, La Documentation Française, París, 1986.
- Torre, J. C., *El proceso político interno de los sindicatos en Argentina*, CIC, Buenos Aires, 1974.
- Touraine, A., *Critique de la modernité*, Fayard, París, 1992.
- Touraine, A. y T. Di Tella, *Huachipato et Lota*, CNRS, París, 1967.
- Touraine, A., C. Durand y J. Dofny, *Les ouvriers et le progrès technique*, Armand Collin, París, 1966.
- Tripier, P., *Du travail à l'emploi. Paradigmes, idéologies et interactions*, Éditions de l'Université de Bruxelles, Bruselas, 1991.
- Vázquez-Barquero, A., *Desarrollo local: Una estrategia de creación de empleo*, Pirámide, Madrid, 1988.
- Walter, J., *Taylorización en una empresa autopartista*, tesis de doctorado, 1985.
- Walter, J., J. Testa, y J. Ruffier, *Los saberes de la informatización en la industria argentina*, documento de trabajo, núm. 17, CONICET-ORSTOM, Buenos Aires, 1987.
- Warner, W. L. y J. Low, *The Social System of the Modern Factory*, Yale University Press, Nueva Jersey, 1947.
- Weffort, F., *Sindicatos y política*, tesis de libre docencia, FFLCH-USP, São Paulo, 1972a.
- , "Participação e conflito industrial: As greves de Osasco e Contagem", *Cadernos CEBRAP* (São Paulo), núm. 6, 1972b.
- Whyte, W. F., *Industry and Society*, MacGraw-Hill, Nueva York, 1946.
- Zapata, F., "Hacia una sociología del trabajo latinoamericana", *El sindicalismo latinoamericano en los 80*, CLACSO, Santiago, 1985.
- , "Reestructuración productiva en América Latina: ¿Con o sin la presencia de los sindicatos?" en M. S. P. Castro y A. Wachendofner (comps.), *Sindicalismo latinoamericano: Entre la renovación y la resignación*, Nueva Sociedad, Caracas, 1995.